



Carmen Mena García\*

LA FRONTERA DEL HAMBRE:  
CONSTRUYENDO EL ESPACIO HISTÓRICO  
DEL DARIÉN

**Resumen**

El hambre, la imperiosa necesidad de alimentarse por parte de todos los grupos que invadieron las tierras americanas, delimitó fronteras en el avance conquistador e influyó en el sometimiento de los pueblos nativos. Al mismo tiempo, el hambre fue el impulso que movió a unos hombres desesperados a explorar nuevos territorios para conseguir, ya fuera mediante la rapiña, la violencia y en menor medida la entrega voluntaria, los alimentos que ellos, como seres improductivos, no estaban dispuestos a lograr por sí solos. Por todo ello se impone hacer una relectura de los procesos coloniales para que imaginarios tradicionales, que hasta ahora han ocupado un lugar predominante, cedan el paso, o al menos el lugar que les corresponde a otras fuerzas gravitatorias. La llegada de los españoles al golfo de Urubá pone en marcha una nueva etapa de dominio: la conquista de Tierra Firme. En el territorio panameño del Darién, fronterizo con la actual Colombia, se abre en el siglo XVI una nueva frontera, la primera de toda la América continental en donde se repite la triste situación vivida en las islas del Caribe.

HUNGER ON THE FRONTIER:  
CONSTRUCTING THE HISTORICAL SPACE OF DARIEN

**Abstract**

Hunger, the all-important need to be fed, a need shared by all parties who invaded the Americas, established boundaries in the forward motion of conquest and influenced the subjugation of native peoples. At the same time, hunger motivated men to explore new lands in order to secure food that they were unable to produce themselves, which they did by resorting to pillage and violence and, to a lesser extent, relying on voluntary delivery. Looking at the colonization process through the lens of hunger, rather than from more traditional perspectives, allows us to incorporate it as a key explanatory factor. Spanish arrival in the Gulf of Urubá triggered a new stage of domination: conquest of the mainland. In the Panamanian territory of Darien, which borders present-day Colombia, a new frontier was opened up in the sixteenth century, the first to experience the same sad fate that befell the islands of the Caribbean.

---

\* Carmen Mena García (española) es doctora en historia de América por la Universidad de Sevilla, España. Es profesora titular de historia de América en el departamento del mismo nombre en la Universidad de Sevilla. Ha realizado numerosas investigaciones sobre el área centroamericana y especialmente sobre Panamá durante el periodo colonial, así como sobre algunos de los acontecimientos políticos más recientes. En 1999, por su contribución al estudio del pasado panameño, le fue concedida la Condecoración Nacional de la Orden "Manuel Amador Guerrero" con la más alta distinción que otorga el Gobierno de la República de Panamá. Su dirección de correo electrónico es cmena@us.es.

© Mesoamérica 45 (junio de 2003), págs.



La frontera es siempre un asunto de dos, por lo menos. La frontera es esencialmente un espacio físico de encuentro y de interacción cultural entre diversos grupos que entran en contacto por circunstancias muy diversas. Un fenómeno específicamente humano por encima del sentido puramente instintivo de territorialidad que separa o enfrenta a las especies y a los individuos de una misma especie animal. Y en este aspecto, escribe Alfredo Jiménez Núñez: “la frontera nos ofrece un inmenso campo de observación, análisis e interpretación de la conducta humana y pone de relieve aspectos fundamentales del sistema cultural”.<sup>1</sup>

El hambre, esa necesidad primaria de sobrevivir a una muerte cierta por la carencia de alimentos, condicionó en innumerables ocasiones el desplazamiento de las fronteras, provocando la invasión y el sometimiento de nuevos espacios y nuevos grupos humanos. Sin ninguna duda, el hambre fue uno de los factores determinantes más poderosos de la conquista de América. No solamente un freno que demoró el desarrollo de más de una empresa conquistadora, como ha notado Guillermo Céspedes, sino a veces un acicate, un impulso alentador, primario e insaciable.<sup>2</sup>

#### LA RUPTURA ECOLÓGICA PROVOCADA POR LA CONQUISTA

La primera reflexión que se impone apunta en una sola dirección: la ruptura ecológica que tuvo lugar en la América colonial —observa Pedro Vives Azancot— no procedió sólo de agresiones sobre ecosistemas concretos, sino de una paralela desarticulación de las sociedades americanas sobre las que se aplicó un modelo o proyecto sociopolítico homogeneizador.<sup>3</sup> Ello

<sup>1</sup> Alfredo Jiménez Núñez, “El fenómeno de las fronteras y sus variables: notas para una tipología”, en *Estudios fronterizos. Revista del Instituto de Investigaciones Sociales* 40 (Mexicali: Universidad de Baja California, 1997), págs. 11–25. Sobre el concepto historiográfico de frontera, véanse también David J. Weber y Jane M. Rausch, editores, *Where Cultures Meet: Frontiers in Latin American History*. Jaguar Books on Latin America 6 (Wilmington, Delaware: Scholarly Resources Books, 1994).

<sup>2</sup> Guillermo Céspedes, “Oro y hambre: estímulos y frenos en el poblamiento español de América”, en Real Academia de la Historia, *Homenaje académico a D. Emilio García Gómez* (Madrid: La Academia, 1993), págs. 465–478.

<sup>3</sup> Pedro Vives Azancot, “Los conquistadores y la ruptura de los sistemas aborígenes”, en Francisco de Solano, coordinador, *Proceso histórico al conquistador* (Madrid: Alianza Editorial, 1988), págs. 95–118. El tema ha sido tratado también por Alfred W. Crosby, Jr., en sus obras *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492* (Westport, Connecticut: Greenwood, 1972) e *Imperialismo ecológico: la expansión biológi-*



implica que en el estudio del cambio ecológico provocado por la conquista deben contemplarse al menos dos dimensiones principales del proceso. La primera de éstas se concreta en la agresión depredadora sobre paisajes y grupos humanos. Se trataría, operativamente hablando, de una larga coyuntura (entre 1492 y 1550), coincidente con el periodo de la “conquista pura”, que llevó al continente americano una larga y traumática sucesión de alteraciones y devastaciones bien localizadas. Los sucesos de este periodo se repitieron en etapas posteriores, merced al mantenimiento de no pocas “fronteras vivas” a lo largo de toda la etapa colonial. La segunda dimensión a la que alude Vives Azancot es la relativa a la construcción de una nueva estructura ecológica, a la progresiva articulación de nuevos ecosistemas a lo largo del periodo colonial siempre con una constante: la presencia de la superestructura hispanizadora sobreponiéndose sobre las pervivencias aborígenes.

La conquista, como sabemos, no sólo representó la implantación violenta de un nuevo dominio político sobre otro pueblo, de nuevas instituciones y de una nueva organización del espacio físico. Fue no sólo una conquista espiritual y evangelizadora, significó también la invasión de una nueva cultura dominante, habida cuenta de que las diferencias de desarrollo entre las culturas que entraron en contacto —la española y la indígena— eran muy grandes.<sup>4</sup> Y así se impuso la cultura alimentaria del Viejo Mundo. El dominio hispano fue también un dominio biológico. España transformó el paisaje e impuso su dieta mediterránea —especialmente la trilogía de vino, aceite y trigo— a todo lo largo y ancho del Nuevo Mundo conquistado y poblado; inundó América con su ganado vacuno y porcino y transformó radicalmente su variado ecosistema con nuevos cultivos y nuevos hábitos alimenticios. No fue obra de un día, sino el resultado de un proceso largo, soterrado y plagado de dificultades e interferencias mutuas al que Serge Gruzinski ha calificado como la “occidentalización”.<sup>5</sup> Allá donde no existían alternativas aceptables se produjo la incorporación paulatina de los cultivos y de la ganadería europea. A lo largo de este proceso de interacción recíproca, de aculturación, que

---

*ca de Europa, 900–1900* (Barcelona: Crítica, 1988); y David Watts, *The West Indies: Patterns of Development, Culture, and Environmental Change since 1492* (New York: Cambridge University Press, 1987), de la cual existe una versión española, *Las Indias Occidentales: modalidades de desarrollo, cultura y cambio medioambiental desde 1492* (Madrid: Alianza Editorial, 1992).

<sup>4</sup> El clásico estudio es el de Robert Ricard, *La conquista de México: ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523 a 1572* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986).

<sup>5</sup> Serge Gruzinski, *La colonisation del l'imaginaire: occidentalisation et sociétés indigènes dans le Mexique espagnol, XVIe–XVIIIe siècles* (París: Gallimard, 1988).



paralelamente venía gestándose a otros niveles y que terminaría produciendo una fusión o síntesis, se aceptaron algunos hábitos alimenticios de la cultura dominada, se rechazaron otros y se modificó el resto. Pero en sus comienzos lo que prevalecía era la alteridad cultural y los conquistadores solían distinguir entre “comida de indios” y “comida de españoles”. El mestizaje se produjo lentamente y, conforme las fronteras se desdibujaban, aquella severa alteridad fue cediendo paso a una fusión cultural, a una superposición de elementos y rasgos característicos de una y otra cultura, que en el plano alimenticio se tradujo en la “comida criolla”.

#### LA FRONTERA MARÍTIMA

Pero aún quedaba mucho camino por recorrer. Y así, durante lo que se ha dado en llamar “periodo de la conquista pura” la situación era muy diferente. Como acabamos de señalar, durante esta etapa la frontera americana, como espacio de cambios y adaptación, también era una frontera alimenticia que había que superar. Y ésta comenzaba en las mismas naves que partiendo de Sevilla o Sanlúcar de Barrameda trasladaban a los hombres a las Indias. Es el primer escenario —el marítimo— donde los problemas relacionados con la alimentación comienzan a constituir una verdadera preocupación, pese a que solían adoptarse toda clase de cautelas para que estas despensas marinas estuvieran siempre bien abastecidas y pertrechadas durante toda la travesía.<sup>6</sup> Uno de los muchos ejemplos que podríamos traer a colación es éste referido al segundo viaje de Colón, del cual Bartolomé de Las Casas nos dice lo siguiente:

En breves días se aparejaron en la bahía y puerto de Cádiz diez y siete navíos grandes y pequeños y carabelas muy bien proveídas y armadas de artillería y artillería y armas, de bastimento, de bizcocho, de vino, de trigo, de harina, de aceite, de vinagre, de quesos, de todas semillas, de herramientas, de yeguas y algunos caballos, de gallinas y otras muchas cosas de las que acá se podrían multiplicar.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Véase nuestra obra, *Sevilla y las flotas de Indias: la gran armada de Castilla del Oro, 1513–1514* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1998; 2ª edición, 1999), en especial el capítulo 5; y nuestro último trabajo, “La Casa de la Contratación y el abasto de las flotas de Indias”, que saldrá publicado en un número monográfico dedicado a la Casa de la Contratación, cuyo quinto centenario se conmemora este año.

<sup>7</sup> Fray Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, en *Obras escogidas de fray Bartolomé de Las Casas*, edición BAE (Madrid, 1957), con estudio de Juan Pérez de Tudela, libro I, cap. LXXXII; t. I, pág. 346.



Ciertamente el éxito o el fracaso de la empresa dependían en gran medida de las previsiones iniciales respecto a los abastos que contemplaban no sólo el tiempo estimado del viaje sino algo más. Pero en estos momentos de exploración y tanteo todos los pronósticos solían quebrarse. Sin alimentos, las tripulaciones a duras penas podían sobrevivir en travesías que se prolongaban más tiempo de lo previsto y mucho menos sostenerse, con sus organismos ya de por sí debilitados por el duro viaje, en un territorio hostil y desabastecido. Entre las “Instrucciones dadas a Magallanes”, leemos:

E por cuanto no sabemos el tiempo que vos tendréis en este descubrimiento —comunicaba el monarca a Magallanes en 1519, antes de zarpar en busca de la Especiería— e porque algunas personas que van en la dicha armada les parecerá ser mucho el tiempo que habéis andado sin hallar nada, notificadles a todas juntamente, e cada uno por sí poniéndoles grandes penas, que mientras el mantenimiento tuvieren en abundancia, ninguno sea osado a hablar ni hable en el dicho viaje ni descubrimiento estar mucho tiempo ni poco, sino que dejen hacer a los que llevan cargo de él.<sup>8</sup>

La situación se repetía en todos los viajes de exploración y conquista de los que tenemos noticia. La magnífica flota que en 1502 condujo Nicolás de Ovando a la Española llevaba alimentos para la travesía y para dos meses después de llegados a la isla. Otra expedición del mismo tono colonizador, la de Pedrarias Dávila al Darién de 1514, fue aprovisionada para 16 meses, mientras que la expedición de Magallanes a la Especiería de carácter mixto, mitad exploradora mitad colonizadora, iba abastecida para dos años.<sup>9</sup> Pero estas son provisiones excepcionalmente generosas que atienden al carácter de la recluta y a los objetivos de la misión, siendo lo más frecuente que los pequeños viajes de exploración realizados con medios escasos dispusieran de apenas lo necesario para el viaje y poco más, lo que con frecuencia llevaba a los navegantes a situaciones de extrema necesidad. Son numerosos los testimonios de la época que muestran cómo el ser humano es capaz de franquear la barrera que separa la civilización de la barbarie para sobrevivir. A veces se sacrificaba a un tripulante para salvar al resto del pasaje, otras, la víctima, casi

<sup>8</sup> “Instrucciones dadas a Magallanes para su viaje descubridor”, en Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano. Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXXVI, II (Madrid: Ediciones Atlas, 1964), I, pág. 490.

<sup>9</sup> Véase nuestro trabajo “Lo privado y lo público en la exploración y conquista del Nuevo Mundo”, en Ernest Belenguer Cebriá, coordinador, *De la unión de coronas al Imperio de Carlos V*, 3 tomos (Barcelona: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001), II, págs. 441–463.



siempre el más débil o enfermo, se salvaba a última hora porque se avistaba un barco al que pedir socorro. Un médico y experto en temas navales, como es Fernando López-Ríos, nos recuerda que la sintomatología de las deficiencias nutricionales se encuentra en directa relación con la carencia de nutrientes y, de forma genérica —existen hasta 38 tipos diferentes de desnutrición—, el cuadro clínico que presenta el afectado consiste en sensación de sed, presencia de astenia o fatiga, pérdida de la grasa subcutánea, edema, dermatitis descamativa, petequias, esquimosis, estomatitis y trastorno del sueño. Un individuo sin ingesta de alimentos y en situación de reposo (circunstancia imposible de darse en navegantes o conquistadores) y calculando un gasto metabólico de unas 1,200 calorías o menos, podía sobrevivir hasta 67 días. La mujer, al tener más grasa corporal, tiene mayor capacidad de supervivencia en condiciones extremas, como las reseñadas.<sup>10</sup>

En unos pocos años, afortunadamente, los puertos caribeños, como auténticos centros nodrizas, se erigen en cabezas de puente de nuevas expediciones conquistadoras y en los mercados suministradores no sólo de hombres sino también de los pertrechos y abastos necesarios para la intendencia, especialmente de pan cazabe y carne. “Dura el cazabí mucho tiempo”, anota el padre Acosta, “y así lo llevan en lugar de bizcocho para navegantes”. Y a continuación añade: “[D]onde más se usa esta comida es en la islas que llaman de Barlovento, que son Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico, Jamaica y algunas otras de aquel paraje; la causa es no darse trigo ni aún maíz sino mal”.<sup>11</sup> Cuando en 1523 Francisco de Garay organiza su tercera expedición hacia la provincia de Pánuco —ya pacificada y poblada por Hernán Cortés—, parte de Jamaica con una armada de 13 barcos y 840 soldados. En esta ocasión Bernal Díaz del Castillo asegura que “basteciólos muy bien de todo lo que hubieren menester, y era pan cazabe y tocino y tasajos de vaca, que ya había harto ganado vacuno”.<sup>12</sup> Para la segunda mitad del siglo XVI estos puertos antillanos han asumido ya definitivamente su papel de mercados abastecedores de cuantas flotas y armadas participan en la Carrera.<sup>13</sup>

<sup>10</sup> Véase Fernando López-Ríos Fernández, *Medicina naval española en la época de los descubrimientos* (Barcelona: Editorial Labor, 1993), págs. 86 y ss.

<sup>11</sup> José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*. Edición de Edmundo O’Gorman (México: Fondo de Cultura Económica, 1962), libro IV, cap. 17, pág. 172.

<sup>12</sup> Citado por José Luis Martínez, *Pasajeros de Indias: viajes transatlánticos en el siglo XVI* (Madrid: Alianza Editorial, 1983), págs. 58–59.

<sup>13</sup> Véase AGI, Patronato, 269, ramo 17, 1, “Relación de los pertrechos y municiones y bastimentos para la armada de Su Majestad de la Guarda de las Indias y dónde se podrán proveer mejor y a más cómodos precios. Año de 1578 años”.



## LA PRIMERA FRONTERA EN LA AMÉRICA CONTINENTAL: UN CEMENTERIO DE CONQUISTADORES

Una vez en tierra, las huestes se enfrentaron a un medio desconocido y a medida que iban adentrándose en el territorio las complicaciones fueron acrecentando las dificultades de la marcha. Cuando las previsiones respecto al destino no se cumplían, se iniciaba la carrera hacia la desesperación, no se encontraban alimentos, no se conocían las capacidades nutritivas de muchas plantas, se había realizado una incursión de tierra quemada y prácticamente lo único que les quedaba era la huida hacia adelante y, en la mayoría de las ocasiones, la retirada.

Tiene razón Ricardo Piqueras Céspedes cuando afirma que “la alimentación fue un factor de primer orden en la estrategia de la conquista y quizás el factor que más problemas y preocupaciones planteó a las diversas huestes que se aventuraban hacia los paisajes de un desconocido interior continental”. Ciertamente, nos recuerda, “para analizar el éxito o el fracaso de muchas de estas entradas, es obligado investigar en las fuentes, cuáles fueron las estrategias que debían solucionar las cuestiones relativas al abastecimiento de las huestes, cómo se preparaban desde el punto de vista alimentario y cuáles fueron los principales problemas que tuvieron que ir resolviendo sobre la marcha”.<sup>14</sup> Esta situación de extrema necesidad se hace sentir desde el primer encuentro, o mejor dicho “encontronazo”, entre indígenas y españoles en el escenario continental.

La llegada de los españoles al golfo de Urabá pone en marcha un nuevo proceso de dominio: la conquista de Tierra Firme. En el territorio del Darién, fronterizo con la actual Colombia, se abre una nueva frontera, la primera de toda la América continental en donde, como veremos, se repite la situación triste vivida años atrás en las islas. Pero con anterioridad a estos hechos se producen otros intentos que culminan en el más absoluto fracaso. Las primeras expediciones a las costas de la Tierra Firme siguen los pasos de Colón y su cuarto viaje.<sup>15</sup> Las dirigen dos personajes de especial relieve: Alonso de Ojeda,

---

<sup>14</sup> Ricardo Piqueras Céspedes, *Entre el hambre y el Dorado: mito y contacto alimentario en las huestes de conquista del siglo XVI* (Sevilla: Diputación de Sevilla, 1997), pág. 93. Este excelente trabajo es pionero en el análisis de la problemática alimenticia durante la época de la conquista en el área del litoral meridional del Caribe de Colombia y Venezuela que en aquella época fue conocido también como la Tierra Firme.

<sup>15</sup> Siempre se ha entendido que pretendía la búsqueda de un estrecho entre dos mares. Sin embargo, puesto que ni Ojeda ni Nicuesa recibieron instrucciones con tal propósito, fácilmente puede inferirse que no era éste el objetivo inmediato. Para Carl Ortwin Sauer, el proyecto encomendado a ambos “consistía en retomar las actividades que desde diez años antes tenían lugar en esas costas, pero ahora con una organización





natural de Cuenca y protegido del influyente obispo Juan Rodríguez de Fonseca, con amplia experiencia en reclutar y dirigir expediciones a las Indias, y un acaudalado vecino de La Española, el jienense Diego de Nicuesa.<sup>16</sup> El nuevo proyecto para la exploración y colonización de la Tierra Firme asignado a ambos por la Corona dividía la faja costera que se extendía desde el oeste de Venezuela hasta el cabo de Gracias a Dios en dos inmensas gobernaciones de límites imprecisos: una desde el cabo de la Vela al golfo de Urabá, inclusive, que regiría Ojeda y que fue bautizada como la “Nueva Andalucía”; y otra desde este mismo punto hasta el norte de Honduras, encomendada a Nicuesa y conocida como “Veragua” (véase Figura 1). A juzgar por los hombres que se alistaron en una y otra expedición, sin duda la dorada Veragua de Colón era la que despertaba mayor entusiasmo; también la jefatura de Nicuesa, un hombre de más edad y más respetado que Ojeda, fue determinante a la hora de la recluta. Pedro Mártir de Anglería anota que acompañaban a Nicuesa 785 hombres en cinco barcos, mientras que Ojeda y el famoso piloto cántabro Juan de la Cosa sólo consiguieron reunir 300. Asimismo es del parecer de que Nicuesa llevó más hombres de lo aconsejable para su avituallamiento y gobierno.

En diciembre de 1509 parten de Santo Domingo Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa camino de sus respectivas gobernaciones. Un año antes firmaron unas capitulaciones por las que se comprometían a explorar y fundar en las tierras de Urabá y Veragua. El rey Fernando se ofrecía a pagar el

---

formal”. Véase su *The Early Spanish Main* (Berkeley: University of California Press, 1966), cuya edición española fue publicada como *Descubrimiento y dominación española en el Caribe* (México: Fondo de Cultura Económica, 1984), pág. 255.

<sup>16</sup> Los infortunios de los hombres de Ojeda y de Nicuesa son relatados con bastante extensión por tres cronistas que conocieron a los gobernadores o hablaron con los supervivientes. Al margen de sus discrepancias en el relato, los tres coinciden en destacar el carácter catastrófico de lo que en palabras de Kathleen Romoli constituye “uno de los más sombríos episodios de la oscura historia de la conquista”. La descripción más antigua es la de Pedro Mártir de Anglería, quien dedica casi la totalidad de su *Segunda Década*, redactada en 1514, justo en el año de la llegada de la flota de Pedrarias Dávila al Darién, y de la puesta en marcha de un nuevo proyecto colonizador que incurrirá en muchos de los errores pasados. Gonzalo Fernández de Oviedo, que acompañaba a Pedrarias Dávila y fue uno de los principales protagonistas de la etapa darienita, basa su magnífico relato en su experiencia personal, en cuanto vio y oyó de los propios supervivientes que aún permanecían en el Darién o se acercaron en las islas. Véase Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 5 tomos. Edición y estudio introductorio a cargo de Juan Pérez de Tudela (Madrid: Editorial Atlas, 1959), libros XXVII y XXVIII. Como es sabido, Bartolomé de Las Casas no visitó aquella región pero ofrece una de las relaciones más extensas con abundantes y muy interesantes datos en *Historia de las Indias*, 2 tomos. Estudio y notas de Juan Pérez de Tudela (Madrid: Editorial Atlas, 1957), II, caps. 40 a 77.



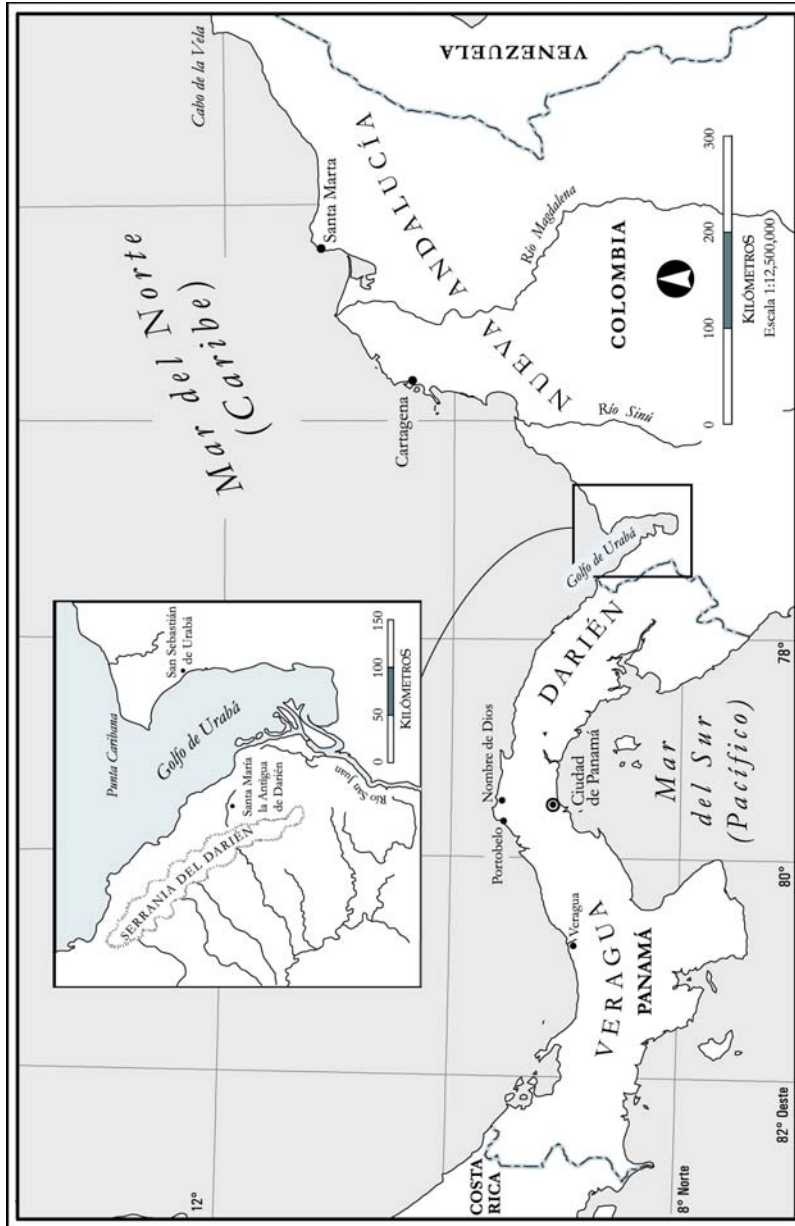


FIGURA I

Posible ubicación de Santa María la Antigua de Darién en su contexto histórico y regional.



pasaje y alimentos por 40 días a 200 hombres reclutados en España y lo mismo, pero sólo por 15 días, a 600 vecinos de la Española, proporcionándoles a cada uno armas y municiones. En la hueste de Ojeda va un soldado desconocido hasta ahora: Francisco Pizarro. Como lugarteniente lleva a Martín Fernández de Enciso con quien va otro joven y ambicioso aventurero: Vasco Núñez de Balboa.

Después de una amarga experiencia conjunta en Cartagena, ambas expediciones se dividieron, cada una en busca del territorio asignado. Nicuesa tardó nada menos que tres meses en recorrer setenta leguas, justo hasta llegar a Careta, el cacicazgo indígena vecino de los del Darién, seguramente porque, como anota Anglería, navegó siempre sin perder de vista la costa. Allí tomó una decisión por la que habría de pagar un elevado precio: dividió a sus hombres y a su flotilla en tres partes sin conexión entre sí. Comenzaba la crónica anunciada de un suicidio colectivo. Nicuesa fracasó en su intento de explorar la costa de Veragua, visitada por Colón, y acabó completamente despistado y errático en la costa de los Mosquitos (Nicaragua), en donde perdió su carabela y alrededor de sesenta hombres. Unos murieron de fiebres o de necesidad, otros a consecuencia de los ataques de la indiada y el resto sobrevivió a duras penas deambulando como fantasmas en busca de algo que llevarse a la boca. Comieron mariscos, insectos y lagartos, con guarnición de hierbas, raíces y hojas. Sin provisiones, desnudos, enfermos y sin ni siquiera un bote para hacerse a la mar, a todos les esperaba una muerte segura si no eran capaces de escapar de aquella ratonera. Mientras esto sucedía, el resto del grupo, al mando de Lope de Olano, consiguió alcanzar Veragua, instalándose en la desembocadura del río Belén. Desabastecidos y aislados, el éxito de ésta como tantas otras expediciones radicaba muchas veces en disponer de provisiones suficientes para sostenerse en territorio enemigo en condiciones extremas y, con frecuencia, las huestes hacían acopio de semillas de trigo y hortalizas para poner en marcha el nuevo asiento. Sabemos que la expedición de Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda llevó trigo y maíz desde Santo Domingo para sembrar. Lope de Olano, lugarteniente del primero, cuando se internó en Veragua con una parte de la hueste, “cogió buen pedazo de tierra”, según narra el cronista López de Gomara, “y sembró maíz y trigo también con propósito de poblar y permanecer allí si Diego de Nicuesa quisiese o no apareciese”. Sin embargo, los españoles no pudieron ver los resultados de la siembra porque la aparición de Nicuesa, milagrosamente rescatado por sus hombres, frustró el nuevo asentamiento veragüense, al ordenar tomar preso a Olano por traición y continuar la exploración rumbo a Portobelo. De nada valieron las súplicas de sus compañeros, quienes les rogaron “que se detuviese hasta coger lo sembrado, pues no se tardaría a secar, ca en cuatro meses sazón”. A lo que Nicuesa, haciendo oídos sordos a estas súplicas, respondió que



“más valía perder el pan que no la vida”.<sup>17</sup> Una vez abandonada la colonia de Belén no sin graves pérdidas, la expedición continuó rumbo a Portobelo, en donde fueron rechazados por los indígenas. La desesperación de los españoles ante la insoportable hambruna los convertía en animales rapaces, depredadores de los conucos indígenas, pero tan debilitados al mismo tiempo que eran incapaces de hacer frente a cualquier ataque. “Como los nuestros”, escribe Anglería, “desembarcaban en muchos lugares del trayecto obligados por el hambre, eran malamente recibidos por los naturales. La necesidad había dejado tan débiles a los nuestros que no podían tomar las armas contra cualquiera que les resistiera, aunque desnudo”.<sup>18</sup> El traslado de un centenar de supervivientes al puerto de Bastimentos de Colón, que Enciso bautizó como Nombre de Dios, se materializó en una fugaz tentativa de permanencia iniciada por la construcción de un pequeño fortín, tal y como se recogía en las capitulaciones, que debió parecerles una obra gigantesca, “pues por el hambre ninguno tenía fuerzas para aquel trabajo”. Finalmente, desistieron y todos fueron evacuados hasta el Darién. Aquella armada de aventureros que felices y confiados había zarpado de Santo Domingo hacía menos de nueve meses quedó reducida a tan sólo un puñado de hombres, hambrientos y enfermos. Pedro Mártir de Anglería asegura que, de un total de 785 hombres, sólo sobrevivieron 40; el próspero hacendado Rodrigo de Colmenares anota que de 580 hombres llegaron vivos al Darién menos de 200.<sup>19</sup>

Atrás quedaba un verdadero infierno. Anglería, quien nunca pisó las Indias, pero siempre contó con buenos informantes en la Corte, reproduce mejor que nadie las penurias y calamidades soportadas por la hueste de Nicuesa durante su accidentada exploración de Veragua. Para él no existe ninguna duda de que el fracaso de aquella expedición radicó en las terribles hambrunas padecidas por los españoles durante su exploración por la costa del istmo que los obligó a echar mano de los alimentos más repugnantes y a transgredir los principios básicos de la moral cristiana y de los pueblos civilizados con la

<sup>17</sup> Francisco López de Gomara, *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, 2 tomos (Caracas: “Biblioteca Ayacucho”, 1979), [cuál tomo?], págs. 80 y 81. Véase Carmen Mena García, “Recursos agrícolas y ganaderos de Panamá en los orígenes de la colonización”, en Laura Escobari, coordinadora, *Colonización agrícola y ganadera en América, siglos XVI–XVIII: su impacto en la población aborigen* (Quito: Editorial Aby-Yala, 1995), págs. 49–90.

<sup>18</sup> Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*. Prólogo de Ramón Alba (Madrid: Ediciones Polifemo, 1989), pág. 111.

<sup>19</sup> Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, pág. 160; y Ángel de Altolaquirre y Duvale, *Vasco Núñez de Balboa* (Madrid: Imprenta del Patronato de huérfanos de intendencia é intervención militares, 1914).



práctica de un canibalismo de subsistencia. A duras penas puede uno contener el estómago sin que los jugos gástricos se alteren, pero su relato no tiene desperdicio, ni necesita comentario alguno. Dice así:

Viéronse los compañeros acosados de tanta necesidad... se convinieron algunos compañeros en la compra de un perro flaquísimo que ya casi se estaba muriendo de hambre; le dieron al amo del perro muchos pesos de oro castellanos; le despellejaron para comérselo y la piel sarnosa y en ella los huesos de la cabeza los tiraron a unos espinos próximos; al día siguiente, un infante de ellos dio con la piel tirada llena de gusanos y que casi hedía. Llevóse a su casa: quitándole los gusanos, la echó a cocer en una olla, y cocida, la comió. Acudieron muchos con sus platos, por el caldo de la piel cocida, ofreciéndole un castellano de oro por cada plato de caldo.

Otro se encontró dos sapos; un enfermo se los compró para comérselos, y dicen que les dio por ellos dos camisas de lino recamado de oro, que valían seis castellanos. (En cierto camino del campo se hallaron algunos un indígena muerto por sus compañeros y ya pútrido, lo descuartizaron secretamente, y cociendo sus carnes mataron por entonces el hambre, cual si comieran pavos.) De otro cuentan que pasó algunos días alimentándose de arena palustre, pues de noche, separándose del pelotón de sus compañeros para pescar, se había perdido entre las algas de los pantanos, hasta que arrastrándose, ya medio muerto, encontró camino para incorporarse a sus compañeros.<sup>20</sup>

Y al final la moraleja parece inevitable. Hay que aprender la lección, aconseja Anglería, para no incurrir en un futuro en los mismos errores de tan lamentables consecuencias. Y así alerta sobre la conveniencia de buscar lugares fértiles y bien poblados para los nuevos asentamientos, con buenas sembreras y labranzas en donde los españoles tuvieran garantizada su alimentación: “Si pues nos hacemos cargo de lo que otros hombres pasaron, de ahora en adelante irán otros por seguros y nuevos caminos, a seguras y nuevas tierras en que encuentren ya habitantes y siembras hechas”.<sup>21</sup>

“RABIANDO DE HAMBRE CUAL LOBOS RAPACES”.

FUNDACIÓN DE SANTA MARÍA LA ANTIGUA DEL DARIÉN

El proyecto de colonizar las tierras de Urabá, encomendado a Ojeda, no encontró mejor fortuna. Sauer considera que no pudo ser de otro modo, pues Ojeda había abandonado La Española sin planificar su expedición y sin llevar los víveres y efectos necesarios, de manera que muy pronto todos los hombres

<sup>20</sup> Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, pág. 160.

<sup>21</sup> **Citar fuente**



estaban enfermos y faltos de comida.<sup>22</sup> El pueblo de San Sebastián, fundado en medio de la selva por Juan de la Cosa y repoblado por Ojeda y su hueste en la costa oriental del golfo de Urabá, allá por la primavera de 1510, no pudo sobrevivir más que unos meses ante la hostilidad de los feroces urabae y las penalidades sufridas por los “hambrientos de Urabá”, como los llama Anglería. Por su parte, Fernández de Oviedo nos dibuja un cuadro de desesperación muy similar al del cortesano Anglería:

Ya estos españoles estaban flacos y enfermos, así por la falta de mantenimiento, como porque la tierra no les probaba, e las aguas e aires e la región en que estaban, todas estas cosas eran muy diferentes de las de España e contrarias a su salud. E así murieron allí muchos de ellos en el espacio de dieciocho meses que allí estuvieron, e constreñidos de la necesidad por no se acabar de perder todos, acordaron de irse de aquella tierra con los dos bergantines e con las barcas e bateles que estuviesen para navegar, que les habían quedado de las naos perdidas.<sup>23</sup>

Muy pronto, a pesar de los refuerzos llegados desde La Española de víveres y animales, los trescientos hombres que componían el grupo de Ojeda habían quedado reducidos a tan sólo treinta o cuarenta.<sup>24</sup> Sin embargo, el traslado de los españoles a la costa occidental del golfo y la captura del pueblo indígena de Darién, a comienzos de noviembre, resultó todo un acierto.

La estabilidad del nuevo asentamiento vino garantizada por la colaboración pacífica de los cacicazgos indígenas y por el recurso a una base de aprovisionamiento, las islas antillanas, que a la postre se reveló inestimable. A diferencia de los nativos de la costa veraguense, que eran fundamentalmente pescadores y muy hostiles, los de la lengua cueva fueron fácilmente dominados y disponían de abundantes cultivos para abastecer regularmente a unos invasores hambrientos.<sup>25</sup> No obstante, los comienzos fueron tan difíciles como los que tuvieron que soportar los hombres de Nicuesa.

<sup>22</sup> Sauer, *Descubrimiento y dominación*, pág. 260.

<sup>23</sup> Fernández de Oviedo, *Historia general*, III, pág. 133.

<sup>24</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, II, pág. 169.

<sup>25</sup> Entre otros trabajos dedicados al estudio de la etnia de los cueva destaquemos el de Kathleen Romoli, *Los de la lengua cueva* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, Ediciones Tercer Mundo, 1987); Reina Torres de Araúz, *Darién: etnoecología de una región histórica* (Panamá: Instituto Nacional de Cultura, 1975); Mary W. Helms, *Ancient Panama: Chiefs in Search of Power* (Austin: University of Texas Press, 1979); y Oscar M. Fonseca Z. y Richard Cooke, “El sur de América Central: contribución al estudio de la región histórica chibcha”, en *Historia General de Centroamérica*. Tomo I. Robert M.



Los relatos difieren en cuanto al modo en que fue capturado el pueblo del Darién. Las Casas nos describe a su cacique, llamado Cemaco, como un hombre idílicamente conciliador, obsequiando a los españoles con ocho o diez mil pesos de oro para aplacarlos.<sup>26</sup> Anglería cuenta que los indígenas, tras esconder a sus familias en un lugar seguro, presentaron batalla a los españoles con quinientos arqueros y finalmente fueron dispersados, tras sufrir numerosas bajas. Los del Darién no eran un pueblo belicoso, ni utilizaban flechas envenenadas, como sus vecinos los feroces urabaes, y además poseían comida en abundancia; estas fueron las causas de su perdición y de su fácil sometimiento.

Una vez establecidos cómodamente en la aldea indígena en donde los españoles encontraron amplios bohíos para alojarse y tierras de labranza, el grupo de Martín Fernández de Enciso mandó llamar a sus compañeros, que aún permanecían en San Sebastián y, como era costumbre, tomaron posesión de aquel lugar procediendo en noviembre de 1510 a la fundación de un nuevo pueblo de españoles que, cumpliendo con una antigua promesa, fue dedicado a una virgen sevillana: Santa María de la Antigua. La nueva ciudad española, que se convertirá así en la primera capital de la Tierra Firme, fue fundada en tierras del golfo de Urabá, en la margen izquierda del río Atrato, en medio de una densa pluvioselva, de infranqueables barreras por su exuberancia vegetal, la fragilidad de los suelos y la insalubridad. El tránsito de este medio inhóspito sólo era posible a través de las vías fluviales que constituyen las únicas vías de penetración. Por todo ello, los primeros asentamientos hispánicos en esta costa caribeña, como Acla y Santa María de la Antigua del Darién, junto al golfo de Urabá, o Bruselas en los paisajes lluviosos de la margen oriental del Golfo de Nicoya estaban destinados de antemano al fracaso y muy pronto fueron abandonados ante la atracción que ofrecían las tierras altas y del litoral del Pacífico, mucho más favorables para ser colonizadas. Estas tempranas fundaciones se realizaron no sin grandes esfuerzos y con un alto coste en vidas humanas, de manera que tuvieron una breve existencia y terminaron siendo abandonados. Sólo arraigaron las cabezas de puente, Nombre de Dios y luego Portobelo, de indudable valor geopolítico pues aseguraban la comunicación interoceánica a través de una vía, mitad terrestre, mitad fluvial —el río Chagres, llamado originalmente “de los lagartos”.<sup>27</sup>

---

Carmack, editor, *Historia antigua* (Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario, FLACSO, 1993), págs. 217–282. Eugenia Ibarra R., *Intercambio, política y sociedad en el siglo XVI: historia indígena de Panamá, Costa Rica y Nicaragua* (San José: CIHAC, Universidad de Costa Rica, 2000).

<sup>26</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, II, pág. 155.

<sup>27</sup> Pedro Cunill Grau, “La Geohistoria”, en Marcello Carmagnani, Alicia Hernández Chávez y Ruggiero Romano, coordinadores, *Para una historia de América*, 3 tomos. Vol.



Cuando se funda la ciudad de Santa María de la Antigua no se elige un emplazamiento nuevo sino que se aprovecha el poblado de los aborígenes allí asentados, utilizando sus bohíos como casas, sus tierras de labor para el sostenimiento de los invasores y todos sus materiales para la edificación de nuevas viviendas. Se procede de este modo porque, como apunta Sauer, “el traslado de los españoles a Darién no se debió a una selección deliberada de un lugar adecuado, sino a la necesidad de encontrar un lugar seguro contra los indios de Urabá y conseguir alimentos”.<sup>28</sup> La presión periférica ejercida sobre los cacicazgos vecinos se dirige fundamentalmente a la búsqueda desesperada de alimentos para saciar el hambre. Los supervivientes de las dos huestes de Ojeda y de Nicuesa, que apenas debían superar un centenar, reunidos ahora bajo la jefatura de un oscuro personaje llamado Vasco Núñez de Balboa, invaden las tierras de los indígenas en busca de provisiones. “Rabiando de hambre cual lobos rapaces”, dice Anglería, los alimentos que les proporcionan los indígenas les parecen “manjares y viandas regias”. Las primeras entradas en la tierra son actos de rapiña y de saqueo en los que la soldadesca exige por la fuerza de las armas la entrega de alimentos y de todo lo que de valor haya a su paso. Estas razzias proporcionan a los del Darién “comidas para matar el hambre que tenían, más no para quitar del todo la necesidad”.<sup>29</sup>

Se le atribuyó en cierta ocasión el éxito de Núñez de Balboa en sus correrías por el Istmo a la política de atracción y tolerancia desarrollada con los cacicazgos indígenas con los que entró en contacto. Me resisto a aceptar esta opinión que con gran mimetismo ha sido difundida hasta la saciedad, acrecentando así la leyenda glorificadora del héroe Núñez de Balboa para contraponerla con la de su rival el maligno Pedrarias Dávila. Anglería, que había oído directamente el relato de los propios conquistadores, anotó en su crónica:

Que como en los mataderos descuartizan las carnes de bueyes o carneros, así los nuestros de un solo tajo les cortaban a uno las nalgas, a otro el muslo, o los brazos al de más allá: como animales brutos perecieron seiscientos de ellos junto con el cacique... Mandó [Núñez de Balboa] echarles los perros que destrozaron a unos cuarenta.<sup>30</sup>

---

I. *Las estructuras* (México: Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, 1999), págs. 42–43. Véase también Watts, *Las Indias Occidentales*. Una abundante información sobre las condiciones del suelo, clima y poblamiento nos la proporciona la obra de Omar Jaén Suárez, *La población del Istmo de Panamá: estudio de geohistoria*, 3ª edición (Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1998).

<sup>28</sup> Sauer, *Descubrimiento y dominación*, pág. 263.

<sup>29</sup> Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, págs. 114–115.

<sup>30</sup> Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, pág. 165.





Qué política de tolerancia tan extraña. Se detalla aquí la entrada de los españoles en el cacicazgo de Cuarecua y los drásticos procedimientos que solían emplear Núñez de Balboa y sus hombres en aquellos casos en los que los indígenas no aceptaban pacíficamente su dominio ni ofrecían abiertamente su colaboración, siempre, claro está, bajo métodos salvajemente compulsivos. Las Casas nos dice que “la costumbre de Vasco Núñez y su compañía era dar tormentos a los indios que prendían para que descubriesen los pueblos de los señores que más oro tenían y más abundancia de comida”, sobre sus poblados caían de noche y a fuego y sangre arrasaban el poblado. El mismo Núñez de Balboa escribió en una misiva a Colón que ya “había ahorcado a treinta caciques y había de ahorcar cuantos prendiese”.<sup>31</sup>

Fue, a mi entender la hambruna o lo que es igual, la búsqueda desesperada de alimentos, lo que impulsó el desplazamiento de las fronteras darienitas y la incorporación de nuevos espacios indígenas, mucho más que el oro o la caza de esclavos, cuya búsqueda era también prioritaria. Cada conquistador —anota Kathleen Romoli— sentía sed de tesoros, pero para los hombres de Darién lo más importante en aquellos días, tal y como reflejan las fuentes, era la comida: “Fasta aquí”, escribió Núñez de Balboa al rey, “hemos tenido en más las cosas de comer que el oro, porque teníamos más oro que salud que muchas veces fue en muchas partes que holgara más de hallar una cesta de maíz que otra de oro”.<sup>32</sup> Muchos hombres cayeron abatidos en su trasiego por las tierras húmedas y palúdicas del Darién. El propio Núñez de Balboa, durante su estancia en el cacique de Tubanamá, enfermó con fiebres muy altas y tuvo que ser evacuado a hombros de sus esclavos, mientras que el resto de sus hombres eran trasladados hasta el campamento darienita en hamacas de algodón y a los que sin encontrarse bien aún les restaban algunas fuerzas, puesto que “estaban débiles de piernas, los indígenas les ayudaban con las manos bajo los sobacos”.<sup>33</sup> Este dato es importante y demuestra que Sauer no está en lo cierto cuando escribe que “no hay ninguna mención de fiebres o de fiebres y escalofríos” con anterioridad a la llegada de la expedición de Pedrarias Dávila, añadiendo a continuación que Núñez de Balboa y sus hombres pasaron por regiones que luego fueron notoriamente maláricas sin enfermar”.<sup>34</sup>

<sup>31</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, II, págs. 274–275.

<sup>32</sup> Kathleen Romoli, *Balboa of Darién: Discoverer of the Pacific* (Garden City, New York: Doubleday, 1953). Hay edición española con el título *Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico*. Traducción española de Felipe Ximénez de Sandoval (Madrid: Espasa Calpe, 1955), pág. 116.

<sup>33</sup> Romoli, *Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico*, pág. 184.

<sup>34</sup> Sauer, *Descubrimiento y dominación*, pág. 375.



La necesidad de alimentos era grande y la producción agrícola escasa en estos nuevos asentamientos que ahora daban sus primeros y balbuceantes pasos, más aún si se tiene en cuenta que era preciso contar con los excedentes necesarios para proveer a las expediciones que salían de la ciudad e iban a internarse durante largo tiempo en territorio indígena. Romoli escribe que el cacique Chima, tras sellar su alianza con Núñez de Balboa, “regresó a su aldea para acudir a la siembra y enviar labradores al Darién”.<sup>35</sup> Como ya vimos, a diferencia de los primeros contactos hispano-indígenas en Veragua de los que se tiene relación, en el Darién, una vez superada la resistencia inicial, existió una colaboración por ambas partes que benefició la estabilidad del asentamiento de La Antigua. Los invasores practican a partir de ahora una política de captación de los cacicazgos vecinos, mientras que los indígenas, convencidos de que no había otra salida, regresaron a su antiguo poblado —ahora en manos de los españoles— y se ofrecieron a vivir y trabajar para ellos, recolectando alimentos, cazando y pescando.<sup>36</sup> No obstante, la mayor parte de la fuerza laboral indígena es reclutada a la fuerza; las intempestivas visitas de los españoles a los cacicazgos de la periferia se acompañan casi siempre de la captura de un abundante número de indígenas esclavos que serán utilizados, como transportistas o remeros, pero fundamentalmente en el cultivo de las sementeras. En las tierras aluviales de las márgenes del río Darién se encontraban las tierras de labranzas de los españoles.<sup>37</sup> En ellas trabajaban los indígenas en sus rozas y siembras y las cosechas eran abundantes, lo que garantizaba la estabilidad del asentamiento. A sólo tres años de la fundación de la colonia, ya había prósperos hacendados, como Rodrigo de Colmenares, de quien cuenta Anglería que antes de viajar a España, en 1513, como procurador de los vecinos del Darién “había comprado muy grandes predios y había dejado sembradas muy grandes sementeras, con cuya venta esperaba muy fijamente que conseguiría de sus compañeros el oro de las compras”.<sup>38</sup>

#### CULTIVOS Y ANIMALES EN LA SELVA HÚMEDA DE LOS CUEVA

En los tiempos precolombinos las poblaciones amerindias habían logrado domesticar más de cien especies de plantas, todas ellas, excepto el camote

<sup>35</sup> Romoli, *Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico*, pág. 117.

<sup>36</sup> Sauer, *Descubrimiento y dominación*, pág. 263.

<sup>37</sup> AGI, Patronato, 92, N. 1, ramo 2. Información de los méritos y servicios de Lorenzo Martín, canónigo de Santa María de la Antigua, 25 de febrero de 1523.

<sup>38</sup> Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, pág. 132. Las Casas, *Historia de las Indias*, pág. 281.



(batata) y el algodón, desconocidas en el Viejo Continente. No obstante, anota Richard Cooke, en la época del contacto hispano-indígena los alimentos vegetales básicos eran el maíz, la yuca y otro tubérculo llamado aje, una variedad del camote.<sup>39</sup> A diferencia de las Antillas, no se cultivaba la yuca amarga en el Darién septentrional y, por tanto, no existía aquí el pan cazabe, tan valioso por sus cualidades para resistir largo tiempo y tan nutritivo. Esta es una característica común a toda la costa occidental de la Tierra Firme, incluso hoy día. “Cualquiera que haya sido el lugar donde se cultivó primero la yuca amarga”, observa Sauer, “se difundió por la costa atlántica de los trópicos americanos; sólo la variedad dulce se encuentra en la zona occidental de la región del Caribe, en las tierras bajas intraandinas y a lo largo del Pacífico. En ninguna de estas zonas se hacía pan cazabe de la yuca dulce”.<sup>40</sup> Fernández de Oviedo nos habla de la existencia de otros tubérculos como las batatas, la boniata (yuca dulce) y los ajes, que crecían también en las islas. Todas se cocinaban asándolas en las cenizas. Martín Fernández de Enciso, cuando describe los alimentos que se producen en la costa sudoccidental de la Tierra Firme, aporta interesantes datos sobre diferencias regionales; por ejemplo, que el pan y el vino se hacían del maíz igual que en la costa colombiana de Cartagena y que existían las mismas raíces que utilizaban los arahuacos para hacer el pan en las Antillas, sólo que éstas eran venenosas si se comían crudas, mientras que las de la Tierra Firme no lo eran.<sup>41</sup>

Fernández de Enciso se extiende especialmente en consideraciones de tipo alimenticio: las batatas, las piñas que inundan con su delicioso olor (“estando en una sala, huele toda la casa”) y otras frutas que describe con minuciosidad, como el aguacate, fruta extraordinaria que al madurar se hace amarilla y dentro es “como manteca y de maravilloso sabor y deja el gusto tan bueno y tan blanco que es cosa maravillosa”. El maíz era el centro medular de la civilización mesoamericana y, debido a su gran capacidad de adaptación a variedad de climas y latitudes, el cultivo rey de extensas áreas, desde Canadá hasta el sur de Chile.

<sup>39</sup> Richard Cooke, “Subsistencia y economía casera de los indígenas precolombinos de Panamá”, en Aníbal Pastor Núñez, editor, *Antropología panameña: pueblos y culturas* (Panamá: Universidad de Panamá, 1998), págs. 61 y 73.

<sup>40</sup> Sauer, *Descubrimiento y dominación*, pág. 360.

<sup>41</sup> Martín Fernández de Enciso, *Suma de la Geografía que trata de todas las partidas e provincias del mundo, en especial de las Indias (1519)*, 3ª edición (Sevilla, 1546) y “*Descripción de las Indias Occidentales*”, por... sacada de la “*Suma de Geografía de este autor*, y reimpresa con un prólogo bibliográfico por José Toribio Medina (Santiago de Chile, 1897).



A falta de pan cazabe, el de maíz fue un buen sustituto ampliamente utilizado por los españoles en el Darién desde los primeros momentos, aunque los indígenas también hacían pan de tubérculos, como la yuca y el aje, así como del fruto de una palma que Sauer identifica probablemente con la *Guilielma*.<sup>42</sup> “Eran aquellas siembras de pan”, anota Anglería, “de la clase de grano que en la Española llaman maíz y los de Urabá dicen *hobba*, que hemos dicho sazonan tres veces al año porque aquellas regiones no sufren los rigores del invierno por su proximidad a la línea equinoccial”. Y como no podía ser menos, puesto que Anglería acostumbra a elogiar en sus escritos la benignidad de la naturaleza del Nuevo Mundo, en armonía con la vida inocente de los indígenas, destaca sus cualidades alimenticias, superiores a las del trigo: “Que el pan de hobba o maíz es más saludable que el de trigo para los habitantes de aquella región por digerirse más fácilmente lo explica la razón física porque, no haciendo frío, las extremidades no envían calor a las entrañas”.<sup>43</sup> En efecto, el maíz además de que se cultiva muy fácilmente tiene un elevado rendimiento y en latitudes tropicales es posible obtener hasta tres y cuatro cosechas por año.<sup>44</sup> Fernández de Oviedo nos dice que los indígenas del Darién solían cultivar el maíz y la yuca en las mismas parcelas.

Ese gran observador que es Fernández de Oviedo, buen conocedor del ecosistema darienita pues estuvo avecindado en Santa María de la Antigua casi por diez años, nos ha transmitido una de las más detalladas y tempranas descripciones de cómo los indígenas del territorio cueva sembraban el maíz con un sistema de agricultura rotativa, también conocida como de rozas o “de tala y quema”, que consistía básicamente en realizar la siembra en una parcela previamente talada y quemada, la cual, una vez recolectada, era dejada en barbecho hasta que la vegetación y la fertilidad del suelo volvía a regenerarla.<sup>45</sup> Tanto el maíz como la yuca se adaptan especialmente bien en vegas fluviales y en donde exista un clima estacional con sol abundante y precipitaciones moderadas. Cooke, sin embargo, consigna su cultivo también en áreas

<sup>42</sup> Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, págs. 116–117; y Sauer, *Descubrimiento y dominación*, pág. 363.

<sup>43</sup> Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, pág. 122.

<sup>44</sup> Su rendimiento puede alcanzar de 150 a 200 granos por uno sembrado; en la actualidad esa proporción puede llegar a 1,000 por uno. Juan Álvarez-Cienfuegos Fidalgo, “La conquista ecológica: el maíz ante el trigo”, en Ronald Escobedo, Ana de Zaballa y Oscar Álvarez, editores, *Alimentación y gastronomía: cinco siglos de intercambio entre Europa y América* (Pamplona: Newbook Ediciones, 1998), pág. 46.

<sup>45</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo, *Sumario de la natural historia de las Indias* (México: Fondo de Cultura Económica, 1950), cap. 4.



quebradas y húmedas e incluso en zonas relativamente frescas en las sierras de Veragua.<sup>46</sup> Desde muy pronto, los conquistadores convirtieron el maíz en su alimento básico, al igual que lo era para los indígenas y, dada su falta de disposición e interés por el cultivo de la tierra, saqueaban los depósitos indígenas o bien reclutaban indígenas a la fuerza, haciéndolos trabajar en sus sementeras. También dependieron de las mujeres indígenas, a las que solían llevar consigo en sus razzias para que les cocinasen el pan de maíz.<sup>47</sup> Son abundantes las referencias de los cronistas a este modo de proceder. El maíz se preparaba molido, en “bollos” envueltos en hojas de mazorca y también en forma líquida. La chicha fermentada de maíz era ampliamente utilizada en las fiestas o para celebrar cualquier acontecimiento social o religioso. Refiere Fernández de Oviedo que el “chicheme” preparado con maíz tostado y agua era muy frecuente en los viajes por el Pacífico. Los cueva fabricaban asimismo un vinagre del maíz fermentado al sol.<sup>48</sup> También se obtenía vino del aje, de la yuca y del fruto de una palma. Anglería realiza una excelente descripción de las generosas bodegas del cacique Comogre, que los españoles contemplaron admirados, llenas de tinajas de barro y de toneles “a estilo de España o de Italia” con excelentes vinos, blancos y tintos, hechos con las especies mencionadas y, utilizando referentes culturales del viejo continente, Anglería no duda en compararlos con los vinos germanos, belgas, ingleses, con los de algunos pueblos de los Alpes e incluso con los montañeses, vascos y asturianos en el territorio español, en donde “hemos oído que hacen sidra de la cebada, el trigo y las manzanas”.<sup>49</sup> La elaboración del vino de maíz por los indígenas, descrita en este caso por Fernández de Oviedo, requería gran dedicación. Primero se ponía en remojo los granos hasta que comenzaban a germinar; luego, se hervía y más tarde se dejaba reposar hasta que fermentaba. La bebida estaba lista un día después, pero al cuarto día era “muy mejor” y al séptimo “no está para beber”.

Además de la trilogía tropical —maíz, yuca y batata— que constituye el soporte nutritivo de la alimentación de las poblaciones aborígenes del territorio panameño en general y del darienita en particular, se cultivaba también una gran variedad de legumbres, frutas, condimentos, hojas y raíces comestibles de los que Fernández de Oviedo nos ofrece una riquísima y detallada

<sup>46</sup> Cooke, “Subsistencia y economía casera”, pág. 73.

<sup>47</sup> Sauer, *Descubrimiento y dominación*, pág. 361.

<sup>48</sup> Cooke sobre testimonios de Espinosa, Fernández de Oviedo y Suazo, “Subsistencia y economía casera”, pág. 73.

<sup>49</sup> Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, págs. 116–117.



descripción.<sup>50</sup> Asimismo los cueva disponían de caza y pesca en abundancia: “Hay muchos ciervos e gamos e corzos, ni más o menos que los de Castilla”, escribe Fernández de Oviedo, así como grandes manadas de puercos salvajes (chuche). Los indígenas eran expertos cazadores y se servían de lanzas, cepos y flechas para capturarlos.<sup>51</sup> También abundaban conejos y liebres y los cueva los capturaban con lazos o bien aprovechando su dispersión cuando quemaban los montes; su carne en salazón era un buen sustituto de la carne fresca, al igual que la cecina que se elaboraba de la carne de los *xulos* y que Fernández de Oviedo identifica con alguna variedad de perro domesticado. Pero el alimento indígena más importante entre los cueva, y muy especialmente en los cacicazgos de Comogre, Pocorosa y Dabeiba, era el pescado y el marisco que capturaban con redes de algodón y secaban y ahumaban en barbacoas.

#### COMO UNA PLAGA DE LANGOSTA

La aparente tranquilidad que reinaba por fin en la colonia del Darién, sometida ya a la autoridad del ambicioso extremeño, se interrumpió un caluroso día del mes de junio de 1514 cuando una gran flota arribó a la costa del golfo de Urabá. Núñez de Balboa, convertido ya desde un año atrás en el gran descubridor del otro mar, había hecho llegar a la Corona noticias exageradamente alentadoras sobre las riquezas en oro —el famoso oro de Dabaibe— que ocultaban aquellas nuevas tierra; sólo hacía falta tiempo y refuerzos para rescatarlas. Se necesitaban hombres bien nutridos y brazos fuertes para insuflar nuevos bríos a las agostadas huestes del extremeño, que iban siendo abatidas en sus incursiones por regiones maláricas y, por ello, Núñez de Balboa no dudó en solicitar a la Corona el envío de algunos refuerzos para continuar su labor exploradora, siempre y cuando se tratase de veteranos ya adaptados a la vida americana. Sin embargo recibió no un pequeño grupo de *baquianos*, bien adaptados a la dureza del clima tropical y a una vida de frontera, sino una avalancha humana de unos mil quinientos hombres venidos directamente de España, muchos de ellos “nobles y mancebos, bien dispuestos, lucidos y ataviados” como si fueran a participar en un desfile militar.<sup>52</sup>

---

<sup>50</sup> Sugerimos la lectura de la obra de Richard Cooke, varias veces citada aquí, quien ha realizado un exhaustivo rastreo en las fuentes de la época y nos proporciona un completo listado de animales y especies cultivadas por las poblaciones autóctonas en tierras panameñas.

<sup>51</sup> Fernández de Oviedo, *Historia general*, II, pág. 45.

<sup>52</sup> Un grupo social es característico en estos primeros años de vida fronteriza: el *baquiano*, que comenzó como cazador de esclavos y terminó convirtiéndose en sinónimo de veterano en la vida de frontera. Los baquianos eran muy apreciados por sus compañe-



En Sevilla son muchos los hombres, más de tres mil, los voluntarios para embarcarse hacia ese territorio en donde, según decían, “se pescaba el oro con redes”.<sup>53</sup> Las Casas sentenciaba con mucho juicio que “ésta fue siempre una de las principales causas que han assolado estas Indias, como parecerá, dejar venir a ellas gente demasiada de España”. Se refería a la armada de Bobadilla, quien al igual que unos años más tarde sucediera con la encabezada por el comendador Nicolás de Ovando, “había traído más gente de la que podía remediar”. Una multitud de recién llegados que distorsionaron las bases económicas de la colonia establecida en La Española, sobre la que cayeron como una plaga de langostas, para finalmente morir abatidos por la hambruna y las enfermedades.<sup>54</sup> Bartolomé de Las Casas, que viajaba en esta expedición, afirma que en aquella ocasión murieron mil hombres y otros quinientos enfermaron con grandes angustias, hambres y necesidades. Muchos de los que sobrevivieron tuvieron que vender sus ropas para alimentarse. Desgraciadamente la expedición que condujo Pedrarias Dávila al Darién en 1514 revivió estos tristes y desgraciados sucesos.

Escribe Las Casas:

Repartiéronse los que con Pedrarias Dávila venían, que como se dijo eran mil e doscientos,<sup>55</sup> por las casas que eran todas de paja, de los que allí estaban que eran poco más de cuatrocientos. Los que estaban proveían de pan de maíz y del cazabí, de raíces y frutas de la tierra, de agua del río y del servicio de los indios que por esclavos tenían... Pedrarias Dávila mandaba proveer a cada uno de ración de tocinos y carnes y pescados salados y algún bizcocho y otras

---

ros porque conocían bien el terreno y eran expertos exploradores; sabían adentrarse sin temor a extraviarse en selvas y desiertos; eran capaces de sobrevivir aunque se agotasen las provisiones; estaban acostumbrados a la dureza del clima tropical e inmunizados contra sus enfermedades, como la *baquía* y la *modorra*, enfermedades cuyos síntomas conocemos pero no así su etiología, que afectaban a casi todos los recién llegados de Europa con una mortalidad inicial del 30 al 50%. Véase Guillermo Céspedes del Castillo, *América hispánica (1492–1898)*, tomo VI de la *Historia de España* dirigida por Manuel Tuñón de Lara (Barcelona: Editorial Labor, 1983), pág. 75.

<sup>53</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, II, pág. 299.

<sup>54</sup> Sauer, *Descubrimiento y dominación*, pág. 176. Una información más amplia sobre todo lo acontecido en aquellos días puede consultarse en Carmen Mena García, *Pedrarias Dávila o la Ira de Dios: una historia olvidada* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1992), págs. 53–56.

<sup>55</sup> Desgraciadamente, puesto que las fuentes difieren, no conocemos el número exacto de los hombres llegados con Pedrarias Dávila. Sobre este particular véase nuestra obra *Sevilla y las flotas*, págs. 71 y ss.





cosas comestibles de bastimentos que el Rey mandó para la armada y gente de ella que se trujese de Castilla.<sup>56</sup>

Fray Juan de Quevedo encargaba en febrero de 1515 al maestrescuela Toribio Cintado: “Decid a Su Alteza cómo hallamos este pueblo bien aderezado, más de doscientos bohíos hechos, la gente alegre y contenta, cada fiesta jugaban cañas y todos estaban puestos en regocijo, tenían muy bien *sembrada toda la tierra de maíz y de yuca, puercos hartos para comer*”.<sup>57</sup> Constituía aquel lugar, en palabras de Fernández de Oviedo, “una muy gentil población”. Sin duda, se trataría de un sencillo poblado, mitad indígena, mitad español, de chozas con cubiertas de palmas y bajareques, similares a los bohíos de los indígenas, pero bien dispuestas y acomodadas para dar alojamiento a los 515 hombres que formaban el vecindario, junto con los 1,500 indígenas que les servían en sus casas y rozas.<sup>58</sup> Con la llegada de la expedición de Pedrarias Dávila las cosas se complicaron, pues una verdadera avalancha humana de unas dos mil personas cayó como una nube de langosta sobre el poblado, buscando acomodo a duras penas entre baúles y provisiones. La ciudad de Nuestra Señora de la Antigua fue durante algún tiempo con sus más de 3,500 personas, entre españoles e indígenas, la colonia más poblada de las hasta entonces fundadas en Indias.<sup>59</sup>

Los acontecimientos que después acaecieron son de sobra conocidos. Pese a todas las previsiones adoptadas, en apenas un mes, desde que los barcos arribaron a las costas de Castilla del Oro, fallecieron de hambre y enfermedades unos setecientos hombres. Los documentos de la época hablan de una epidemia de “modorra”, de efectos devastadores con especial incidencia sobre los recién llegados, incluido el propio gobernador, que estuvo a las puertas de la muerte.<sup>60</sup> Es probable que esta misteriosa enfermedad —tal vez no fuera una sola, sino un conjunto de ellas: lo que ha dado en llamarse una epidemia “compuesta”— se agudizara por la prolongada falta de ingesta, así como por los alimentos y el agua contaminados. Los síntomas que se describen son los

<sup>56</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, II, pág. 315.

<sup>57</sup> Mena García, *Pedrarias Dávila o la Ira de Dios*, pág. 67.

<sup>58</sup> Fernández de Oviedo, *Historia general*, III, pág. 126.

<sup>59</sup> Carmen Mena García, *La ciudad en un cruce de caminos: Panamá y sus orígenes urbanos* (Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos/Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, 1992), pág. 30.

<sup>60</sup> Sobre la enfermedad de Pedrarias Dávila y su hipotético diagnóstico tratamos en nuestra próxima obra, que será publicada en Panamá por la Editorial Norma y el Comité del Quinto Centenario, con el título *Un linaje de conversos en tierras americanas*.



de un sueño pesado (“modorra”), debilidad extrema y aparición de llagas.<sup>61</sup> Se dice que los del grupo de Pedrarias Dávila habían bebido en el asiento de la Antigua agua “pestilente” y seguramente también lo hicieron durante el viaje en condiciones de hacinamiento extremo, por lo que no habría que descartar un brote generalizado de disentería, tan frecuente en aquella época de higiene primitiva. Respecto a la insalubridad de aquel poblado instalado en medio de la selva, las opiniones son tan interesadas y contradictorias que resulta muy difícil tomar partido por uno u otro bando. Además una epidemia de langosta, la primera de la que se tiene noticias en aquellas tierras, destruyó los sembrados dando al traste con todas las previsiones para un futuro inmediato. La Casas nos trazó un cuadro sobrecogedor de los dramáticos momentos vividos por los españoles y nos cuenta:

Creció esta calamidad del hambre en tanto grado que morían dando quejidos: ¡dame pan!, muchos caballeros que dejaban en Castilla empeñados sus mayorazgos y otros que daban un sayón de seda carmesí e otros vestidos ricos, porque les diesen una libra de pan de maíz o bizcocho de Castilla.<sup>62</sup>

Siete u ocho meses más tarde, calculaba Fernández de Oviedo, eran más los que habían muerto o se habían marchado que los que quedaban en la tierra ya que, en efecto, algunos consiguieron escapar del desastre regresando a España o dirigiéndose a las islas vecinas, ya fuera Cuba, La Española o Jamaica.<sup>63</sup> Los acontecimientos que allí tuvieron lugar dan la razón a quienes, como Sauer, consideran que la Corona sin proponérselo condujo al desastre ya de antemano al gran proyecto colonizador confiado a Pedrarias Dávila, al consentir que embarcara un grupo tan numeroso y heterogéneo que vino a distorsionar las bases socioeconómicas de la colonia de La Antigua.

Los primeros envíos fueron reclamados con desesperada urgencia por los colonos muy poco después de la llegada de la expedición. Sólo cinco meses bastaron para destruir el brillante modelo colonizador que había preten-

---

<sup>61</sup> En la actualidad continúa abierto el debate sobre qué enfermedad pudiera ser esta enigmática “modorra”, tan frecuentemente citada en los textos de la época. El historiador de la medicina y gran especialista en temas epidemiológicos, Francisco Guerra, la identifica con la influenza o gripe, pero existen otras versiones. Sobre esta cuestión reflexionamos en un nuevo trabajo que elaboramos en estos momentos. Ahora consideramos lo más apropiado recomendar la lectura de la obra de Noble David Cook y W. George Lovell, editores, *Juicios secretos de Dios: epidemias y despoblación indígena en Hispanoamérica colonial* (Quito: Editorial Abya-Yala, 2000), que ofrece una amplia revisión historiográfica del tema.

<sup>62</sup> *Historia de las Indias*, II, págs. 32. y 21.

<sup>63</sup> Véase Mena García, *Pedrarias Dávila o la Ira de Dios*, págs. 53 y ss.



dido ser la armada de Pedrarias Dávila.<sup>64</sup> El hambre, la enfermedad y finalmente la muerte extendieron su larga sombra sobre la otrora floreciente colonia darienita. “Nunca se vido cosa igual, que personas tan vestidas de ropas ricas de seda y aún parte de brocado, que valían muchos dineros, se cayesen a cada paso, muertas de pura hambre”, dice Las Casas, quien concluye su trágica descripción recordando las últimas palabras de aquellos hombres que, tambaleándose por las calles de la ciudad, ya agonizantes, exclamaban: “¡pan, dadme pan!”.<sup>65</sup>

El 9 de enero de 1515, el obispo Juan de Quevedo informaba de la grave situación que se vivía: “[T]odos han enfermado de hambre y de otras enfermedades que no han tenido que comer sino maíz con agua y sin tal, y que serían venidos sino que de flacos no se pueden tener y que no se podían conservar”.<sup>66</sup> Por suerte el obispo tuvo la feliz idea de guardar el vino necesario para decir misa en una pequeña vasija que guardaba bajo llave.<sup>67</sup> Dos meses más tarde un soplo de aire fresco y grandes partidas de alimentos llegaron al puerto del Darién en dos carabelas.

En efecto, de España llegaron por el mes de marzo de 1515 dos carabelas emplomadas que habían quedado rezagadas del grueso de la expedición de Pedrarias Dávila, por imprevistos de última hora, con un importante cargamento de vino, aceite, harina, vinagre y otros suministros. Pero la desesperada situación que atravesaba la colonia obligó a pedir refuerzos urgentes a Jamaica. Entre los meses de noviembre y marzo llegaron por fin al Darién otras tres carabelas que habían sido enviadas a la isla por bastimentos. Traían provisiones abundantes que se vendieron luego a los colonos a precios abusivos: 70 puercos vivos, 250 cargas de cazabe en buen estado y otras 150 más algo deteriorado, 326 tocinos y 40 fanegas de maíz.<sup>68</sup> Los refuerzos alimenticios

<sup>64</sup> Recordemos que la armada de Pedrarias Dávila arribó a Santa María de la Antigua el 30 de junio de 1514.

<sup>65</sup> De Las Casas, *Historia de las Indias*, II, cap. XI, pág. 32 y cap. VI, pág. 21.

<sup>66</sup> AGI, Patronato, 26, ramo 7 (7), “Relación de las cartas que envió el obispo del Darién con el maestrescuela” (9 de enero de 1515).

<sup>67</sup> Carta del obispo del Darién (20 de marzo de 1515). AGI, Patronato, 26, ramo 7 (7).

<sup>68</sup> AGI, Patronato, 26, ramo 5, “Relación del modo que se tuvo de gastar y vender en Tierra Firme la hacienda del rey que llevó Pedrarias Dávila en su armada” (Santa María de la Antigua, 18 de enero de 1516). Lo recoge Pablo Álvarez Rubiano, *Pedrarias Dávila: contribución al estudio de la figura del “Gran Justador”, gobernador de Castilla del Oro y Nicaragua* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1944), apéndice 20.



aliviaron ciertamente la desesperada situación alimenticia de aquellos hombres, al menos de los más pudientes. Pero la dependencia de los envíos antillanos no había hecho más que empezar, y no todos disponían de los recursos necesarios para hacer frente a los desorbitados precios de los abastos. Por eso, el tesorero, Alonso de la Puente, basándose en razones más que justificadas, solicitó a la Corona que durante dos años los alimentos que viniesen de España o de las Antillas fueran fiados a los colonos por espacio de dos años, el tiempo necesario para echar raíces en la tierra, rescatar el oro de sus entrañas y prosperar:

Que porque los pobladores han de sembrar lo que hubieren de comer en las poblaciones, que esto ha de tardar a lo menos seis meses en el cual tiempo han de abrir minas y convenirse con los caciques cómo les han de servir en sacar oro y hacer haciendas, porque sin aquello no aprovecha poblar, que su Alteza mande llevar bastimentos de las islas o de Castilla para un año o a lo menos para los dichos seis meses, e se le dé fiado por dos años o hasta el tiempo que hayan sacado oro para lo pagar y que no se les han de dar con ganancia, salvo por costo, hasta ser puestos allá. Y que su Alteza mande que les den algunas vacas e toros e puercos e berracas de sus granjerías de las islas para que críen en las dichas poblaciones e se cobren de la manera susodicha.<sup>69</sup>

En la colonia los alimentos habían sufrido una notable carestía; ya había lo suficiente, pero muy pocos vecinos disponían de dinero para hacerse de ellos: “[A]sí que está ahora todo bien abastecido el pueblo”, escribía el obispo el 20 de marzo de 1515, “si tuviesen de qué comprarlo pero están todos tan pobres que viven de fiado”.<sup>70</sup> Desde luego no es ésta una característica peculiar sino muy frecuente en la mayoría de los centros poblados por los españoles en estos primerísimos años, por lo general carentes de mercancías y de capital circulante, de moneda. La economía de la conquista se caracteriza por ser una economía de cambalache, de trueque. Todo se compra y se vende, pero a qué precios y, como no hay dinero, el trueque es el recurso predominante.

### LAS ENTRADAS EN LA TIERRA

La región darienita, frontera inestable de perfiles fluctuantes, se desliza ahora torpemente hacia nuevos espacios que comienzan a ser explorados por

<sup>69</sup> AGI, Patronato, 26, ramo 5, Alonso de la Puente a S. M. (Santa María de la Antigua, 23, septiembre, 1515); y Álvarez Rubiano, *Pedrarias Dávila*, apéndice 19.

<sup>70</sup> AGI, Patronato, 26, ramo 7 (7), Relación de las cartas que envió el obispo del Darién con el maestrescuela. Carta escrita en Santa María de la Antigua, 20, marzo, 1515.



unas huestes hambrientas y ansiosas de botín de guerra. A partir de 1515, Pedrarias Dávila dispone descargas de la población concentrada en Santa María de la Antigua en forma de razzias conquistadoras. No hay alimentos para todos en la colonia. En sólo el año de 1515 abandonan La Antigua nada menos que cinco expediciones.

El grave problema del Darién radicaba no sólo en la falta de recursos alimenticios para asegurar la subsistencia de tanta gente, sino muy especialmente en la escasez de naturales. La colonia había sido fundada en una zona de pocos habitantes. Si Núñez de Balboa y su gente pudieron sobrevivir en ella fue gracias al valioso servicio de los indígenas que habían sido capturados en las entradas y eran luego empleados en las minas, casas y estancias de los españoles como esclavos y naborías. La llegada de Pedrarias Dávila al frente de un contingente tan numeroso modificó sustancialmente el panorama, como ya vimos. Las expediciones de exploración y conquista se configuran al principio como un recurso depredador fundamentado en la necesidad de sobrevivir, si bien luego, conforme el producto de la conquista se acrecienta, aumenta también la codicia y el ansia de enriquecimiento, constituyéndose así una soldadesca empeñada continuamente en participar en las cabalgadas, a la búsqueda no sólo de alimentos, sino también de oro y esclavos.<sup>71</sup> Escribe el obispo Quevedo al monarca:

Que la provincia más rica que allá y acá había hallado era Comogre, después del Dabaibe, y los capitanes que en ello han estado repartidos en tres partes no han hallado oro sino muy poco que han tomado a los indios y las minas muy pobres y todos han enfermado de hambre y de otras enfermedades que no han tenido que comer sino maíz con agua y sin tal y que serían venidos sino que de flacos no se pueden tener y que no se podían conservar.<sup>72</sup>

Bajo el impulso del hambre y de la búsqueda desesperada de oro y esclavos indígenas, la frontera darienita comienza a desplazarse hacia las tierras occidentales del Istmo, incorporando nuevos espacios a la colonización blanca. Junto al Pacífico, reconocido como el Mar del Sur por Núñez de Balboa, se funda en 1519 la ciudad de Panamá, que en lengua cueva significa “lugar en donde abunda el pescado” y bien es cierto que su abundante despensa marina será la que proporcione el principal alimento a estos hambrientos

<sup>71</sup> Mena García, *Pedrarias Dávila o la ira de Dios*, pág. 82. El proceso ha sido bien estudiado por Mario Góngora, *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme, 1509–1530: fisonomía histórico-social de un tipo de conquista* (Santiago de Chile: Universidad de Chile, Centro de Historia Colonial, 1962).

<sup>72</sup> AGI, Patronato, 26, ramo 7 (7), “Relación de las cartas que envió el obispo del Darién con el maestrescuela” (9 de enero de 1515).



invasores. “Creo yo”, aventura el cronista Cieza de León, “que la población de esta ciudad por causa de estas almejas se quedó en aquesta parte fundada”.<sup>73</sup> Otras fuentes aluden a la importancia de la pesca, sobre todo de las sardinas que debieron constituir también uno de los principales sustentos de la población en el ínterin que se buscaban unos medios más estables. Sabemos que al efectuarse uno de los primeros repartos de encomiendas entre conquistadores y pobladores, los indígenas del cacicazgo de Panamá, como consumados pescadores, fueron excluidos del reparto, ya que se les encomendó una misión de sumo interés: “para que pescasen para todo el pueblo porque hay mucha sardina, que es pescado con el que el pueblo se mantiene, e que los días de pescado todo lo que montaban lo llevaban a la playa y allí se repartía por todo el pueblo de balde, *que era muy gran bien e ayuda para todos los pobladores porque de otra manera no tendrían qué comer*”.<sup>74</sup>

El establecimiento de Natá, en la región occidental del istmo en 1522, respondía a la necesidad de abastecimiento de los dos puertos oceánicos (Panamá y Nombre de Dios) y completaba en líneas esenciales el primitivo plan fundacional del gobernador. Funcionalmente como frontera con Veragua, el nuevo asentamiento estaba destinado a servir de punta de lanza para la conquista de aquella región, serviría además para desplazar la frontera hasta los límites con la actual Costa Rica.<sup>75</sup> La expedición de Gaspar de Espinosa a Natá en 1519, que se prolongó por cuatro meses, fue todo un éxito gracias a la abundancia de ganado y a la fertilidad de la tierra:

Hallamos allí infinito maíz e tantos venados que los que los vimos lo apodamos en trescientos venados, e infinito pescado asado, e muchos ansares e avas en jaulas e toda comida de indios en mucha gran abundancia; hice luego recoger el maíz en el Real, de manera que tuvimos a la vuelta todo lo que hubimos menester para cuatro meses que allí estuvimos, e aún sobramos más de quinientas fanegas.<sup>76</sup>

El minucioso relato del sanguinario capitán de Pedrarias Dávila está lleno de referencias a los suministros indígenas hallados en los cacicazgos de las fértiles sabanas de Natá y son un claro exponente de cómo el hambre no siempre fue

<sup>73</sup> **Citar fuente**

<sup>74</sup> Mena García, *Pedrarias Dávila o la ira de Dios*, pág. 126.

<sup>75</sup> Mena García, *Pedrarias Dávila o la ira de Dios*, pág. 125

<sup>76</sup> La Relación de Gaspar de Espinosa en *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía*, 42 tomos (Madrid, 1882), XXXVII, pág. 31. Véase también Reina Torres de Araúz, *Natá prehispánico*, 2ª edición (Panamá: Instituto Nacional de Cultura, 1992).



un obstáculo en el avance de las fronteras, dando al traste con muchos de los primitivos asentamientos sino que en ocasiones, como ésta, incentivó la incorporación de nuevos territorios y contribuyó decisivamente al desplazamiento de los límites fronterizos.

Todos los relatos de la época coinciden en señalar el régimen de terror impuesto por los capitanes de Pedrarias Dávila y sus métodos brutales a lo largo y ancho del territorio explorado, entre ellos Fernández de Oviedo, aunque conviene recordar que en su visión sobre la actuación de los conquistadores en tierras americanas el cronista suele incurrir en numerosas contradicciones. Es la misma persona que exclama: “¡[Q]uién duda de que la pólvora contra los indios es incienso para el Señor!” la que en otras ocasiones juzga con severidad los métodos seguidos por los españoles en su dominio del continente, aunque bien es cierto que con manifiesta parcialidad, pues se deja llevar por las simpatías o antipatías que siente por los protagonistas, sus compañeros del Darién. Si Núñez de Balboa es disculpado por su política de alianzas con los jefes aborígenes, por el contrario los relatos sobre la actuación de los capitanes lanzados por Pedrarias Dávila contra los cacicazgos indígenas van acompañados por escenas de horror y crueldad sin paralelo: “Atormen-tábanlos, pidiéndoles oro, e unos asaban e otros hacían comer vivos de perros, e otros colgaban, e en otros hicieron nuevas formas de torturas”.<sup>77</sup> Muchos hombres se especializaron en el arte de la guerra, en el cuerpo a cuerpo con los indígenas, en la rapiña, el saqueo, la búsqueda del botín, la violencia, también en la obediencia a los mandos, el compañerismo con los iguales, la amistad y tantas otras actitudes que caracterizan a esta milicia improvisada que fue la hueste indiana. En el Darién se forjó una raza de capitanes fronterizos que extendieron sus depredaciones hacia el norte hasta tierras e Nicaragua y hacia el sur hasta el Perú, llevándose miles de esclavos y arrasando la población aborigen.<sup>78</sup> El Darién fue asimismo un importante laboratorio experimental, en donde se aclimataron muchas “especies” luego difundidas por todo el continente, como el sistema de la encomienda, las normas en el reparto del botín entre los miembros de la hueste, o simplemente fracasaron por no poder adaptarse al nuevo medio, como el Requerimiento del célebre jurista Palacios Rubio.

<sup>77</sup> Fernández de Oviedo, *Historia general*, III, pág. 235.

<sup>78</sup> Véase William Sherman, *Forced Native Labor in Sixteenth-Century Central America* (Lincoln and London: University of Nebraska Press, 1979); Murdo MacLeod, *Spanish Central America: A Socio-Economic History, 1520-1720* (Berkeley: University of California Press, 1973); Murdo MacLeod y Robert Wasserstrom, editores, *Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica: Essays on the History of Ethnic Relations* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1983); y David R. Radell, “The Indian Slave Trade and Population of





## CONCLUSIÓN

Haciendo uso de una metáfora que nos parece muy acertada, digamos que si en el oeste de Estados Unidos se forjaron, según la tesis de Frederick Jackson Turner,<sup>79</sup> muchos de los valores que habrían de caracterizar al ciudadano norteamericano, en la frontera del Darién se forjaron en la estrategia de la guerra y en las actitudes propias de una vida de frontera la hueste indiana, que adquirió un protagonismo indiscutible en el origen de la sociedad colonial —una hueste que luego se desparramó a lo largo y ancho del inmenso espacio americano.

La historia del primer Darién, historia fronteriza de cabalgadas esclavistas y búsqueda de oro por doquier, con clarísimas reminiscencias medievales, fue muy breve. Apenas bastaron 15 años —entre 1510 y 1525— para echar por tierra un ambicioso proyecto colonizador que habría de fracasar en su primera etapa. Como nos recuerda Omar Jaén Suárez, la colonización del Darién, empresa épica de tropicales recientes, “digna de un héroe de Salvador de Madariaga”, fue rápidamente abandonada en provecho de la ocupación más fácil de las sabanas que bordean el Pacífico. Desde entonces, el mantenimiento de varios puertos sobre la costa atlántica —Acla y Nombre de Dios— se convierte en algo inútil, y sólo subsiste el último a causa de su inmejorable situación en el lado opuesto de la capital para el tránsito entre ambos mares.<sup>80</sup>

Con el cierre de la frontera darienita y su desplazamiento hacia occidente se confirman ya los efectos devastadores de la occidentalización sobre la población amerindia autóctona que termina siendo arrasada. A la desarticulación de las comunidades amerindias se unieron las epidemias que irrumpieron desde el Viejo Mundo con efectos devastadores, sin olvidar las consecuencias del intenso tráfico esclavista ya referido. En definitiva, puede hablarse con propiedad del genocidio de una población que contaba al menos con 120 siglos de presencia continua en el Istmo y que desaparece casi por completo en menos de dos décadas. Los datos de los que se disponen hablan por sí solos: de los aproximadamente 250,000 a 500,000 indígenas que había en el Istmo de Panamá hacia 1500, antes de la llegada de los espa-

---

Nicaragua during the Sixteenth Century”, en William M. Deneven, editor, *The Native Population of the Americas in 1492* (Madison: University of Wisconsin Press, 1976), págs. 67–76.

<sup>79</sup> Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History* (New York: H. Holt and Company, 1920).

<sup>80</sup> Jaén Suárez, *La población del Istmo de Panamá*, pág. 123.



ños, no quedan más que quizás 25,000, un 5% a un 10%, en 1520. A fines del siglo XVI se cree que sólo habían sobrevivido 15,000 indígenas en todo el territorio panameño, en su gran mayoría concentrados en las vastas planicies y montañas de la región de Veragua, frontera con Costa Rica.<sup>81</sup> Los de la lengua cueva, que habitaban la región del Darién en tiempos de Colón, Núñez de Balboa y Pedrarias Dávila, desaparecen rápidamente del escenario darienita, de manera que los últimos reductos no habrán de superar el siglo XVII.<sup>82</sup>

En 1525 el Darién, donde se había venido desarrollando una de las experiencias de dominio más sugestiva y peor conocida del pasado colonial americano, quedó convertido en una colonia fantasma. La frontera del hambre, escenario de encuentros y experiencias nuevas, paraíso de ilusiones y vidas truncadas, se cierra definitivamente para acabar siendo engullida por el verde esmeralda de una selva que todo lo devora.

---

<sup>81</sup> Jaén Suárez, *La población del Istmo de Panamá*, pág. 46.

<sup>82</sup> Véase Reina Torres de Araúz, quien señala que “no es posible... identificar las culturas encontradas por los hispanos a inicios del siglo XVI con las que sobreviven hoy, a más de cuatro siglos de distancia histórica... y que los testimonios documentales permitirían... hacernos una composición clara de ese Darién ocupado en el momento de la conquista por una mayoría de población Cueva, que ejercía fuerte hegemonía en la región, pero con algunas avanzadas Cunas que posteriormente habrían ocupado el territorio. El avance Cuna fue beligerante y agresivo...”, en *Panamá Indígena* (Panamá: Instituto Nacional de Cultura, Patrimonio Histórico, 1980), pág. 61. La cita procede de Jaén Suárez, *La población del Istmo de Panamá*, pág. 127.